

ALMAS PARALELAS

MARCELINO Y ENRIQUE

Esto de *Almas paralelas*, más que el título de una conferencia o semiconferencia, parece el rótulo de una novela. Desde que a Plutarco se le ocurrió el peregrino invento de las *Vidas paralelas*, primer ensayo de historia, de biografía comparada, al que siguieron luego tantos de biografía, historia más o menos parcial y literatura, el adjetivo *paralelas* se ha prestigiado o desprestigiado según los casos y el empleo discreto o disparatado a que en cada ocasión se le haya sometido. Pero lo mío de hoy, lo nuestro, porque en casa y en familia santanderina estamos y tanto sabéis de esto o más que yo y no menos os es querido el tema, lo nuestro de hoy no va a ser ensayo de biografía comparada, sino intento de doble y junta evocación, retrato en díptico impartible, recuerdo de un solo apellido entero y cabal en cada nombre distinto y fraterno. En suma, plática a un tiempo urgente por la premura del aviso y tranquila por la actualidad perenne de un amor y de una gratitud para la que todos los días de una vida, de muchas vidas, son iguales y necesarios.

Y sin embargo, el de hoy no deja de ser solemne y conmemorativo. El aniversario de la muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, de aquel día de tan intenso y desconsolado luto, es siempre motivo para honrar al gran maestro. Pero si además, como hoy ocurre, se va a inaugurar su definitivo mausoleo en el más santo y honroso lugar, en la Santa Iglesia Catedral, toda iniciativa literaria o retórica parecerá indicadísima, aunque la designación de quién la debe llevar a término haya resultado tan infortunada.

Hablo objetivamente y dándome cuenta de la inadecuación y cordedad de mi persona en esta cátedra y en tal día. Porque si me dejase llevar de mi sentimiento lírico y montañés y de mi humilde biografía, ya pudiera ser, o parecérmelo a mí al menos, que no era disparate mayúsculo el que el 19 de mayo, otro 19 de mayo, viniese de nuevo a superponer un tránsito o una gloria encima de un paso decisivo en la vida e ilusión de un estudiante. Lo que ocurrió esa tarde yo no lo supe hasta el día siguiente, muy temprano. Porque el 20 de mayo era el día de los exámenes y siguiendo piadosa costumbre fuí a confesarme y comulgar. Y el bondadosísimo P. Olabarrieta me recibió diciéndome: —Ya sé por qué vienes hoy, pero tengo que decirte que hoy no te examinas. — Sí, Padre. —No, porque hoy es día de luto. ¿No lo sabes todavía? Ha muerto Don Marcelino. —Me quedé de una pieza. Y naturalmente no hubo exámenes en el Instituto y yo tardé un día más en aprobar las asignaturas de sexto año y en recibir el pase para la reválida del Grado de Bachiller.

Ni puede dejar de emocionar a todo santanderino y más si es amante de las Letras el pensar que otro 19 de mayo, un año antes del Centenario, otra alma cristiana y egregia, la de la gran discípula y amiga de los Menéndez, Concha Espina, subiese edificante a mejor vida al aire del vuelo de la Ascensión del Señor. Coincidencia, pensarán algunos, pero es más prudente creer que todo está previsto y que todo tiene un valor simbólico. Fechas paralelas, almas paralelas, tránsitos paralelos, ascensiones paralelas.

Si me he tomado la libertad de inmiscuirme, con todo y mi insignificancia, en el recuerdo de las vidas ejemplares que hoy nos convoca, es porque no voy a hacer otra cosa esta tarde, es porque sólo se hablar de lo que tengo en el corazón y porque, como poeta lírico que siempre quise ser, se me antoja que tengo bula para decir a media voz lo que siento y he vivido, y cierto derecho a que no se tome como egoísmo o impertinencia el hablar de lo mío cuando se trata de hablar de poesía o

de poetas. Puesto que no se trata de un capítulo de crítica ni de una página de historia, sino a lo sumo de un retrato doble, pero retrato impresionista y en movimiento que aspira a prender algo de la maravilla de la luz en torno, aunque sea a costa de desdibujar perfiles y de descomponer en manchas y borrones la textura corpórea.

Y estos vocablos plásticos me conducen con plena naturalidad a recordar que para desventura vuestra, si estoy aquí es porque mi admirado amigo el genial —en toda la plenitud del adjetivo— escritor, cate-drático y crítico de arte, Camón Aznar, no ha podido por premura e incompatibilidad con otro compromiso venir hoy a hablaros de la iconografía de Don Marcelino. Entre Madrazo y Victorio Macho, artistas insig-nes tan vinculados a la Montaña, son ya bastantes los que emprendieron la tarea de retratar en línea, color o bulto al maestro. Y los logros, desiguales pero siempre dignos, ahí están en Museos, colecciones o mo-numentos públicos aleccionando al contemplador con los rasgos físicos del que tanto amó a las Bellas Artes y con tan honda sensibilidad y sabiduría tan caudal supo estudiar las Ideas Estéticas y juzgar de pasada, pero siempre con matizada delicadeza, a los grandes artistas de otros siglos.

La maravillosa ductilidad de la crítica de don Marcelino a lo largo de su vida le hubiera permitido, de haber vivido 15 o 20 años más, comprender el arte de sus últimos retratistas como pudo aprobar el de sus primeros. Y abrazar las distancias, ciertamente considerables, entre un Benlliure y un Macho, lo mismo que entre un Madrazo y un Sorolla o un Pancho Cossío. Este último en el retrato que puede admirarse en la *Biblioteca Villaespesa*, de Almería, aplica a la evocación de Menéndez Pelayo —¿le conoció Cossío? — la misma técnica delicada, velada, creadora de materia exquisita, que en sus más notables retratos. El resultado es impresionante, más como pintura que como iconografía. En cambio, el Marcelino Menéndez joven de Madrazo es perfecto de parecido y primoroso y resbalado de pincelada unida, como se usaba por aquellos años.

¿Y las estatuas? En cuanto a Coullaut Valera, la amistad entre su tío Don Juan y Don Marcelino justifica el que, en el concurso para el monumento a Pereda, fuese favorito y premiado el escultor que ideó la solución pintoresca de *peñas arriba*, y luego, como colofón lógico también, encargado de estatuar al Director de la Biblioteca Nacional en el centro de su vestíbulo, con poca fortuna a mi juicio y no por falta de destreza, sino por error de concepto. Y allí lo tenemos, casi estorbando el paso a los que penetran a la sala grande de lectura e imponiéndonos con la recia bota maciza que avanza sobre el plinto en feo detalle de realismo que pudo evitarse. En cuanto al monumento a Pereda, muchos paisanos míos de mi tiempo recordarán la exposición de proyectos —lo que hoy llamamos maquetas— en el Parque de Bomberos Voluntarios, de Numancia. Aun cierro los ojos y veo diversos bloques, tartas y candeleros que fueron delicias de los estudiantes apenas iniciados en el Bachillerato. La colaboración de la hiedra y la costumbre ha hecho casi ejemplar y en todo caso simpática y narrativa la garapiña de los Jardines de Pereda.

Tampoco nos ofende, aunque nunca la encontráramos a la altura del motivo, la estatua de Mariano Benlliure justamente emplazada ante la escalinata de esta Biblioteca. Se advierte que el famoso artista levantino reprimió en esta ocasión su natural tendencia realista, escarolada y pintoresca, pero la escasa cohesión interior del volúmen y la apariencia frágil y disolvente de la materia nos produce cada invierno un escalofrío de inseguridad bajo las lluvias.

Nada más justo, pues, que al fin Menéndez Pelayo recibiese el tratamiento volumétrico y profundo, simplificado y hondamente cristiano que obtiene ahora de las vigorosas y piadosas manos de aquel mozo Victorino Macho, luego por eufonía Victorio, que conoció al maestro en sus años santanderinos de la primera década del siglo. Al fin tenemos desde esta mañana una obra de arte que se nos aparece como de primer orden, aun descontando lo que pueda haber de ilusorio en gozar y estimar el arte del presente. Para mi gusto, es tan acertada como la

estatua funeraria la Piedad del muro, si bien en ella la originalidad puede ser menos acusada que en la cabeza de don Marcelino. En cualquier caso la armonía entre la simplificación y la fidelidad iconográfica, recordada profundamente, del cadáver, más bien que del hombre viviente, no puede resultar más armónica. Y del conjunto se desprende la emoción cristiana y grandiosa que el artista, en la plenitud de sus medios expresivos, ha sabido lograr.

Y no ha de parecer tan caprichosa esta digresión o rodeo para entrar en materia. Si no la disculpasen la espontaneidad que ha de ser única prenda de este mínimo discurso, ni la ya aludida transferencia de tema y disertante, siempre resultaría natural al hablar de un gran retratista, de un escultor inspirado y valiente de tantas almas como lo fue don Marcelino, acordarse de los otros escultores, los que buscan en el oficio preciso el alumbramiento del alma que surge de la piedra o del mármol. Y he aquí que este motivo de la escultura o de la pintura hacia o desde don Marcelino puede servirnos de inicial motivo conductor en el impromptu al que nos hemos arrojado.

Escultura o pintura. Y al fondo, con la arquitectura, la música. Todas las Bellas Artes que el gran artista de la palabra, el gran poeta, supo amar y comprender sintéticamente, sucesivamente. Y junto a él, como vamos a ver, su dulce hermano Enrique, el otro poeta, el lírico, también maravilloso retratista. Empecemos por Marcelino, así, sin el don del respeto, porque queremos aludir al adolescente, al casi todavía niño, aunque ya ciertamente digno del don del tratamiento más que tantos provecos ancianos de la cátedra o del libro. Pues bien, Marceiino Menéndez empieza su vocación artística sintiéndose escultor con la palabra. Ni un momento duda de que ha de ser la palabra su instrumento, su medio de expresión. La palabra como concepto, la palabra filosófica y científica o la palabra como imagen, la palabra poética y expresiva. A la larga será su palabra lo uno y lo otro, pero según va pasando la vida, buscando el acento más que en lo conceptual en lo expresivo. Pero al comienzo de su carrera siente la palabra como de

bulto, el ritmo escultórico. El color le interesa menos. La posible pintura sólo en cuanto remedo de escultura cuando el tema, demasiado, vasto no permite el alzamiento rotundo en las tres dimensiones y hay que sugerir con sombras y colores la profundidad. Como todo verdadero artista, Marcelino empieza por el verso. La ingenuidad, la ilusión del niño o del muchacho, la pureza y totalidad de su alma exige la poesía en verso. Y el cantor de la hazaña de gesta de Sierra Bermeja se lanza a sus octavas reales, la estrofa escultórica de la poesía épica, como el futuro escultor se arroja sobre el barro, la nieve o la arena de la playa. ¿Cómo podía ser de otro modo si sus modelos eran los clásicos de Roma y enseguida los de Grecia y dentro de la lengua patria sus alumnos del Renacimiento? Recordemos algún fragmento típico de su poema infantil.

Tendió en tanto la noche el denso velo,
 La casta luna que con faz serena
 De los mortales míseros el duelo
 Alumbra y su dolor y triste pena,
 Roja brillaba en la mitad del cielo
 Iluminando la sangrienta escena
 Cubierta de cadáveres y espadas,
 De lanzas y armaduras destrozadas.

Llegó, pues, el ejército cristiano
 De la desnuda sierra a las entrañas,
 Donde espacioso se formaba un llano
 Rodeado de altísimas montañas;
 Un collado, de nieves siempre cano,
 Domina aquellas fértiles campañas
 Y un torrente impetuoso se despeña
 Haciendo un ronco son de peña en peña.

Un castillo se alzaba en la espesura
 Coronado de muros y torreones,

Bosques de adelfas, selvas de verdura
Cercaban los deshechos murallones;
Y entre las sombras de la noche oscura,
Agitando los árabes pendones
El viento, que silbaba en sus almenas,
Semejaba rumor cual de cadenas.

Y es fama que en aquella fortaleza
Do estrellan su furor los huracanes,
En los brazos del ocio y la pereza,
Siguiendo de la caza los afanes,
Un godo de valor y de nobleza
Fatigando sus perros y alazanes,
Moraba de sus torres al abrigo
Cuando reinaba el infeliz Rodrigo

Y combatió a su lado en Guadalete,
Mostrando su valor y su venganza
En un potro de Córdoba jinete;
Doquier vibraba su nudosa lanza
Tremolaban las plumas de su almete
Y de su férreo brazo a la pujanza,
Formando de cadáveres un puente
Sucumbían los hijos del Oriente.

Y triunfante, gallardo y animoso,
Llevando muerte, asolación y guerra,
Rompió por las escuadras victorioso
Y sembró de cadáveres la tierra;
Y triunfante en el choque peligroso
Volvióse a su castillo de la sierra
Seguido por sus fieles compañeros
Y teñidos en sangre sus aceros.

Era una noche, y su estrellado manto
 Ocultaban los densos nubarrones,
 Era una noche de terror y espanto.
 Velaban en el muro los campeones,
 Y del ave agorera el triste canto
 Resonaba en los góticos torreones,
 Rasgaba de sus bóvedas el seno
 La ronca voz del pavoroso trueno.

Mas del castillo la ferrada puerta
 Giró sobre sus quicios y dinteles
 Y por el oro a la traición abierta
 Dió paso al escuadrón de los infieles.
 Vieron los godos su desdicha cierta,
 Brillaron los turbantes y alquiceles,
 Y Muza apareció con sus falanges
 Desnudos en sus diestras los alfanjes.

Ya en edad más adulta y responsable, Marcelino Menéndez, robustece su vocación escultórica a orillas del Mediterráneo que le trae memorias helénicas y también — no será ocioso apuntarlo —, al contacto fonético del habla catalana, tan plástica y sensual, tan querida del alumno de Milá. Y empiezan a brotar los encendidos versos amorosos y humanistas, los cantos a Epicaris, a Cabanyes o a sus amigos de Santander que le regalan la *Biblioteca Graeca* de Fermin Didot. Las alusiones a la escultura son tan abundantes como evidente el designio escultural del verso y de la estrofa. Y canta a Manuel de Cabanyes:

Tú la belleza con afán buscaste
 Como a los griegos se mostró y latinos,
 Reina de sí la soberana idea,
 Reina del pario mármol.
 Ella tu esposa fué, casta y desnuda,
 Y brotó de su seno fecundado

Por tu abrazo viril, la forma indócil
Luchando por la vida.

Libre como tu espíritu tu musa
Rima desdeña y números sonoros
Campo le diste que a extender bastara
Su altivo pensamiento.

Dieron el tono a tus audaces himnos
De Ofanto el cisne, el águila del Tormes,
El férreo Alfieri, Fóscolo indomado,
Y el prófugo Filinto.

En estas estrofas robustas, verdaderamente esculpidas, el joven poeta ensaya ya su capacidad de retratista, de sintetizador en un solo adjetivo de un carácter, de un estilo. Pero aún más expresivos de su manera son los versos platónicos de intención erótica. Tal concluye en el poema a Epicaris:

Vi la belleza en tu gallarda forma
Traducirse por fin, libre de velos,
Y el saber de la tierra y de los cielos
Dar a tu rostro perfección y forma.

Y como el griego artifice valiente,
Al contemplar el mármol que labrara,
Ardió en amor de la hermosura rara,
Cifra de la grandeza de su mente,

Yo, mi dulce Epicaris, extasiado,
Ante la gracia que tu faz reía,
En ti adoré la plácida *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.

Apenas hay poesía juvenil en que no aparezcan los vocablos del oficio. Mármol, bronce, cincel, bulto, forma. Y aun palabras como las que subraya en la estrofa final que acabamos de citar, *armonía* y *ritmo*,

siendo hoy palabras musicales, se aplican con intención especial y de volumen.

Quizá el ejemplo más expresivo sea el de la *Carta*. Pues si bien el calor de la inspiración y el itinerario espontáneo del poema le llevan a manchar magníficos cuadros de pintura y a aludir a los pinceles de Cervantes y a los torrentes de color que en las techumbres del ducal palacio, orillas de la Adriática laguna, vertió el genio de Tiziano, son mucho más dilatadas, majestuosas e imperiales las tiradas de endecasílabos que toman de la escultura lección y estímulo. Nada más revelador que esto:

Si el pagano escultor sintió animarse
 La piedra que él en diosa transformara,
 Y la sangre serpear entre las vetas
 Del pario mármol, y espirar los ojos
 Lumbre de vida, y rítmica palabra
 De sus labios salir, y el pecho alzado
 En onda de suspiros agitarse,
 Y los brazos tenderle -- ¡insigne premio
 Al vencedor artífice de Atenas!—
 Tal siento palpitar eterna vida
 Entre las muertas hojas de esos libros,
 Del tiempo y la barbarie vencedores,
 Que hora vuestra amistad pone en mi mano.

O invocando a Homero:

De tu sol un reflejo centellea
 Del jonio mar en las risueñas ondas,
 El mármol del Pentélico ilumina,
 Resplandece en el ágora de Atenas,
 Y el Cronios rey de tu cantar augusto.
 A Fidias sirve de ejemplar sereno
 Para labrar la olímpica cabeza.

Y luego:

Venid a mí, despedazados torsos
De estatuas inmortales: rotos himnos
De Alceo, de Stesícoro y Simónides,
Donde aun alienta el genio en cada sílaba!

Es decir, que hasta los fragmentos, el polvillo de oro de los líricos griegos, de dóricos y eólicos, se le convierte imaginísticamente en despedazados torsos, en palpitante reliquia arqueológica que exige reverencia y reclama meditación, ni más ni menos que el despedazado anfiteatro y los mármoles de Itálica contemplados por su antecesor en la poesía de las ruinas, Rodrigo Caro.

La vocación plástica de la poesía de Menéndez Pelayo se demuestra, no sólo en sus versos como tema o preferencia de vocabulario, sino —y esto es más importante— como modelo para la forma. El verso, la estrofa del autor de *Horacio en España*, se escanden, se taján con valiente decisión y las sílabas toman bulto y el período sintáctico y rítmico se levanta nervioso y musculado, sin caer nunca en la oquedad aparatosa. Arte de escultor, más definido aún que el de su admirado Quintana, en cuyo verso hay más continuidad retórica, más extensión elocuente y una musicalidad tersa y magistral que le falta a don Marcelino.

Finalmente, para concluir con estos apuntes del arte de Menéndez Pelayo escultor, debemos acudir a sus páginas en prosa, singularmente a aquellas en que trata de las artes plásticas, y entonces podremos valorar en toda su profundidad su estética personal y confirmarle en su vocación constante de sentimiento de forma clásica. Él mismo lo va a confesar en una de sus páginas más encantadoras de sinceridad y más justamente citadas y celebradas, su palinodia frente a Enrique Heine. Todos la recordáis. Es su conversión de la poesía como escultura, única que sentía de muchacho, a la poesía como música, que al fin admite y siente delicadísimamente. Es Germania la que ha obrado el

milagro y ya no le parecerá disparatado el matrimonio de Helena con Fausto, ni caliginoso el filosofar de los bárbaros, ni siquiera insípido el fermento de la cebada, aunque esto fuera lo de menos. Por eso el autor entusiasta de las *Ideas Estéticas* comprende a Kant y Hegel, a Goethe o a Ricardo Wagner, lo mismo que sabe paladear los agridulces vinos del Rin que en esbelta copa sirve el hebraico Heine. Ya está logrado, integrado, maduro sin perder un grado de su calor juvenil, el nuevo y definitivo Marcelino Menéndez. Ya, y coincidiendo con su dimisión del verso y su abandono —magnífico sacrificio— de su ilusión creadora poética, va a encontrarse su más profunda razón de existencia y trabajo en crear a través de la historia y la crítica, milagro que a tan pocos mortales ha sido concedido.

Y ahora, sin abandonar el ejemplo de la escultura, se acoge con preferencia al de la pintura, como arte más adecuada para los grandiosos frescos y los coloridos óleos que los retratos y evocaciones de épocas, cortes y ambientes le exigen en las páginas fastuosas y exactísimas de las *Ideas Estéticas*, de la *Antología de poetas castellanos*, de los *Orígenes de la Novela* y de los prólogos a Lope. Presentes están en vuestra memoria. Pero puesto que hemos llegado ya a Menéndez Pelayo pintor, justo es que nos acordemos que nos espera, sonriente, afable, disimulado en el rincón de la modestia, el hermano Enrique.

Y para Enrique ¿cuál sería el arte maestra? ¿La Pintura, la Escultura? Casi nos atrevemos a decir que ni una ni otra. Sino la más hermana de la poesía, la Música. Enrique Menéndez fué toda su vida un poeta lírico, y un poeta lírico, la palabra lo recuerda, es un poeta musical, nieto de aquellos que tañían al tiempo de cantar su canto, a la vez palabra y melodía. Poco importa que la formación musical de Enrique Menéndez no fuese completa. La música la llevaba en el fondo de su corazón y se le albergaba, se le anidaba en el verso, en el habla, en la recitación ajena o propia y hasta en el ademán y el ritmo del paso. La superioridad de Enrique sobre su maestro Amós de Escalante o sobre

su hermano como lírico, está en el lado musical de su verso. Quiero decir, no que Enrique sea mejor poeta, sino que sí lo es en cuanto a melodía del verso. El de Amós es excesivo en su disciplina y en su amor por la perfección retórica que le resta naturalidad y eficacia cordial. El de Marcelino, aun más humanista y artificioso, con artificio inevitable, porque en él era naturalísimo, pero no por ello menos estorboso para llegar a la plena comunicatividad de la gran poesía. Compáresele, por ejemplo, con el de Leopardi, por citar un maestro que logró lo que él pretendiera dentro de su misma estética escultórica. El de Enrique —poeta corto, menor, incapaz de brío, elegíaco y tierno— es en cambio verso suave, resbalado, armonioso, verso de músico íntimo e intimista, a la manera de los pequeños maestros de la música romántica de salón.

El salón. Qué palabra tan insustituible me ha brotado para explicar la semejanza y diferencia estética de los dos hermanos. El salón en la vida de Marcelino es el salón prócer, es la tertulia aristocrática, es la conversación con la dama de alcurnia que comprende mejor que el más agudo varón el genio incomparable del maestro y sabe escucharle y, si llega el caso, que sí llega cuando el maestro se llama Marcelino Menéndez, sabe también estimularle con una palabra de sumisión femenina o acaso sólo con una mirada de celeste halago. Para Enrique, su vida casi siempre provinciana, el salón es la reunión íntima en las casas de las amigas, las de su juventud, las muchachas santanderinas a las que dedicaba, en sus años mozos, madrigales y romances de rendida cortesía casi trovaderesca, las mismas que han ido poco a poco envejeciendo y ahora con sus hijas, no menos prendidas de su dulce charla, le escuchan embebidas y respetuosas sus recuerdos, sus memorias de hombre al que nunca le sucedió nada, y si llega la ocasión —que sí que llega a requerimiento de alguna petición femenina— le escuchan la recitación de sus versos, prodigio de pastosa y matizadísima seducción musical. Y no es que Enrique se asustase de los grandes salones ni dejase de brillar por su cuenta y riesgo junto a su hermano en las sonadas ocasiones de la corte o de los palacios de otras tierras. Pero su ideal de vida

y arte, su ideal también de ilusión amorosa, la ilusión que no le abandonó (como no abandonó del todo a su hermano, aunque se fuese arrinconando con el inmenso, ciclópeo trabajo absorbente de sus últimos veinte años,) fué para Enrique la intimidad sosegada, la vida quieta, el escucho al oído. El escucho. He aquí una de sus palabras favoritas. Poesía al escucho. Secreto al escucho. Música al escucho. Amor al escucho. Para esto nació Enrique y supo comprenderlo y renunciar a la voz grandilocua y a la narración épica, quedándose en la confianza subjetiva, en la elegía amorosa y en el cuentecillo deliciosamente humorístico.

Todos los que gozamos del privilegio de tratar a Enrique — yo solamente en los últimos años de su vida, ya ciego casi del todo— guardamos siempre en la concha del oído el rumor, la música deliciosa de su voz, hablando y recitando. La memoria de Enrique era tan pasmosa casi como la de Marcelino.

Aun entonces, después de tanto tiempo de no poder cultivarla con la lectura, recitaba de memoria miles de versos de su predilecto Zorrilla. Y he aquí otra prueba de su vocación de la poesía como música. Porque Zorrilla fué el más músico de los poetas románticos. En cuanto a sus versos originales, era aun más seductora su voz y más apurado su arte exquisito, su dicción paladeada, cuando nos recitaba alguna poesía. Y tanto sentía él, tan hondo le brotaba su dicción íntima que, como es sabido, así como Zorrilla se desgarró del hogar paterno por pura vocación aventurera literaria, Enrique se desgarró del hogar patronil de Valladolid sólo por escuchar a Zorrilla una recitación poética. Seducción de la música del verso sobre un temperamento de lírico, esta vez, sin embargo, nada aventurero.

No obstante cuanto venimos diciendo, la formación literaria de Enrique Menéndez fué tan cumplida, que él también supo ser eminente retratista. Pero desde luego, pintor, no escultor. Buenos maestros tuvo cerca de sí. Su hermano, Pereda, Escalante. Pereda sobre todo fué quien le enseñó el arte de trazar en prosa semblanzas, no sólo fidelísimas, sino llenas de vida, de movimiento, de justo y moldeador colorido. Para

explicarnos bien el arte de nuestros escritores tenemos que acudir siempre a Pereda, el maestro de todos, el que sabía imponerse por su carácter y la temible fuerza plástica de su pluma. Y de don José María aprendió *Casallena*, esto es, Enrique Menéndez, en las páginas de *Nubes de estío*, el arte de trazar y colorear sobre un lienzo una estampa entre velazqueña y madrazística, el arte de retratar a sus amigos los escritores santanderinos. Valgan, por ejemplo, algunos párrafos del de Adolfo de la Fuente:

«Alto sin demasía y grueso en proporción, bella cabeza, la barba recortada en anchas patillas, frente despejada y serena como el camino de sus pensamientos, nariz recta que con gran decoro sostiene las áureas gafas, voz armoniosa e insinuante, trase siempre culta y pertinente, natural distinción en el traje y los modales. Es lo mejor de esta gentil figura de hombre lo mucho que su distinción toma de la gallardía de su espíritu. Cuando aparece La Fuente en un salón o teatro a leer versos, nadie, aunque no le conozca, puede ya, con sólo verle, temer de esta lectura una vulgaridad o un rasgo de mal gusto: sin que empiece a hablar ya son del poeta la atención y el aplauso del concurso. Poeta serio, a sus versos caracteriza siempre lo alto y honrado del asunto y el esmero de la forma; son siempre bien entonados y armoniosos como la voz con que los declama, limpios y tersos como van las prendas de su traje. La misma discreción y templanza del autor parece como que perjudican en ocasiones al buen color de estas lindas estrofas, que se parecen a veces demasiado y caminan como temerosas de alguno de esos atrevimientos de forma o de pensamiento que resultan muchas veces felices y de éxito, a despecho del miedo con que el poeta los escribió juzgándolos extravagancia suya. [...]

Y allá va, por remate, la mayor excelencia del sujeto. Adolfo de la Fuente, con todo lo que vale, no tiene el menor enemigo: nadie se le conoce, es más, nadie le concibe. ¿Qué ha hecho este hombre? ¿Qué hombre de talento no ha herido durante su vida a alguno, con su sola superioridad aunque no sea con otra cosa? ¿De cuál no se ha querido en

alguna ocasión rebajar el nombre y regatear la fama? [...] Yo pienso en que aquel perro que hasta no hace mucho tuvo don Adolfo, y le acompañaba en sus paseos, sería la envidia, que él había logrado materializar bajo la forma de perro flaco — como que era un galgo —, y a la cual había conseguido amansar y ponerle collar y manta.»

Tenemos, pues, que partiendo un hermano de la escultura y el otro de la música, vienen en su plena sazón a unirse en el arte de la pintura, arte psicológica, plástica y sensual, en la que el uno y el otro, cada uno a su manera y con distinto radio de alcance, son maestros.

Supo Marcelino sacrificar sus ansias de creación y Dios le compensó el sacrificio convirtiéndole en creador más milagroso y magnánimo en su prosa crítica e intérprete. Supo Enrique sacrificar su vida, puesto que su obra, salvo el espejismo del teatro que siempre le tentó y para el que le faltaba malicia y conocimiento de contrastes, se quedó muy a gusto en la intimidad lírica de poesía y relato y confianza. Sacrificar su vida en aras de la servidumbre a su hermano, de la asistencia y ayuda discreta y eficaz a su tremenda tarea. Cuando Marcelino murió, Enrique se sintió, en cierto modo, viudo. Coincidiendo con los achaques de una casi vejez anticipada, Enrique vivió ya para el recuerdo y para el cumplimiento de la voluntad fraterna. El día que inauguró la nueva Biblioteca, Enrique comprendió que su vida estaba cumplida. No le tocaba más que esperar resignado la llamada de Dios, que no se hizo tardar mucho. Apenas si paralelamente al proyecto de edición de las obras completas de Marcelino, inició Enrique la publicación de las suyas, sin darle tiempo a rematarla. Fué entonces, en esos años, cuando yo le traté. Sobre todo en las sucesivas casas del Ateneo. Antes, le admiraba y escuchaba en sus apariciones sobre el estrado o el escenario o acaso en alguna tertulia, del mismo modo que a Marcelino le seguía o le espiaba en sus paseos, descansos del café, entradas en casa o con mis adivinaciones más que contemplaciones a través de las ventanas del pabellón de su Biblioteca.

Pero de Enrique guardo muchos recuerdos y siempre renovada

gratitud por su ejemplo suave y moderador, por su amor, que tan encendidamente sentíamos también todos los Diegos, a su Santander, a la costa y al paisaje montañoso y ciudadano. Toda mi etapa inicial está marcada por el signo de mi devoción a Enrique Menéndez, como mi vocación de cátedra lo está por la sugestión de don Marcelino, cuya lectura en la antigua Biblioteca Municipal era para mí tan deleitosa como la de la más exaltada poesía, la de Fray Luis o la de Garcilaso. Ejemplos uno y otro admirables de virtud, de dominio de su temperamento, suave normalmente en Enrique, pero por eso mismo capaz de las más súbitas cóleras. Y no le andaría lejos en variabilidad de humores el genio, en todos los sentidos de la palabra, de su hermano mayor. Por eso mismo tanto más de admirar y de imitar como ejemplos de renunciamento y de doma de sí mismos.

Quien quiera conocer, a falta de haberlos tratado, cómo eran, debe acudir a su epistolario, sobre todo al epistolario mutuo, aunque también el otro, el mantenido con otras personas —esas réplicas fulgurantes a Morel-Fatio— es bien expresivo. Las cartas de los hermanos Menéndez Pelayo nos pintan al desnudo sus almas y nos persuaden una vez más de que si no hay grande hombre para su ayuda de cámara, esta frase no pasa de ser un afortunado galicismo que habría que discutir... En todo caso, no se trata ahora de grandes hombres ni de hombres de pro, como diría Pereda, sino de hombres sencillos, de hombres fundamentalmente niños, aunque tenga de los dos el uno un talento nada común y el otro sea un auténtico genio. Porque estas cartas son las cruzadas entre ambos hermanos a lo largo de cuarenta años y su lectura en el *Boletín de la Biblioteca* es un regalo inestimable para todos los devotos de don Marcelino que en el mundo son legión, y para los del poeta Enrique que somos menos, pero muy fieles y bien avenidos.

A mí no me sorprendió el tono de estas cartas ni el abandono familiar con que están escritas, ni los temas que en ellas se rozan, aunque sí he encontrado en sus párrafos noticias curiosísimas y rasgos deliciosos de la sensibilidad del uno y del otro hermano. Y no me

han sorprendido estas cosas por la sencilla razón de que desde mi niñez entré en contacto con la atmósfera íntima de la casa y huerto de los Menéndez Pelayo. Después ese contacto se perdió, pero le oí a mi padre recuerdos de sus conversaciones con don Marcelino Menéndez Pintado, catedrático de Matemáticas, que lo fué de mis hermanos jesuitas y compañero de conferencias de San Vicente de Paul de mi padre. Creía entonces don Marcelino el viejo que su hijo Marcelino era excepcional, como sin duda lo era, mientras que Enrique no pasaba de medianía. Todo es relativo, pero de ningún modo cuadra a Enrique tal categoría, y pronto pudo comprobarlo, satisfecho, el severo catedrático.

Las cartas entre los hermanos son inapreciables como documento íntimo y prueba de una ingenuidad de sentimientos en la que coinciden cada uno con su temperamento, el provinciano de la vida mansa, el modesto ayudante y bibliotecario privado Enrique y el glorioso Marcelino, universal en vida. Dichas y penas familiares, amistades y veneraciones de insignes varones y fidelísimas damas, entusiasmos e ilusiones de bibliófilo y de poeta, recuerdos de viajes, consejos terapéuticos y sartorios para remediar achaques y prevenir distracciones entre gentes de alto copete. Y todo en medio de una vida de agitación y una cadena de compromisos sociales, políticos y amistosos que amenazan a cada paso con inhabilitar a la víctima para el trabajo perseverante y agotador.

También Marcelino hubiera querido para sí, como Enrique, la vida quieta. Pero su destino es otro. Y aunque se refugia, prolongando las vacaciones todo lo que puede, huyendo de la corte y buscando el puerto seguro de su Biblioteca y casa santanderina, no puede evitar del todo la vida agitada y el protagonismo magistral y visible.

No soporta Marcelino --le hemos de creer-- el clima de Madrid. Todo le parece duro e ingrato. Y suspira por las lluvias cántabras y las humedades, aunque estas últimas pongan a cada paso en peligro secciones queridísimas de sus libros. Pero a todo acude diligente el buen Enrique. Él vigila goteras, emprende obras, ordena cajas de libros y

librotes, y poco a poco va papeleteando todas las fichas de decenas y decenas de millares de libros. Es curiosa la diferente actitud de uno y otro frente al clima cantábrico. Marcelino, como digo, lo encuentra ideal para el bienestar físico y el trabajo, en tanto que su hermano, si bien lo canta tantas veces en sus versos y prosas, termina por sentirse vencido de la tristeza, de la bruma y de las lluvias. Humedades incessantes atacan su organismo y todos los que le tratamos en sus últimos años le oíamos pensar en buscar el clima de Castilla, en pasar largas temporadas de invierno aunque no fuese más que en Palencia, donde no faltaban amigos que le invitaban. Pero los años fueron transcurriendo sin que se decidiera a abandonar su ciudad y su casa y la custodia del tesoro de su hermano, ya entonces en buenas manos y a prueba de riesgos de clima.

Nada mejor que releer un par de cartas, de las más *hijas de Santander*, para refrescar mi prosa con el encanto de la de ellos.

[15]

Santander, 6 de mayo de 1892.

Mi querido Marcelino: Nada he vuelto a saber del certamen colombino de la Academia, y deseo que me satisfagas siquiera una curiosidad, no tanto mía como de otro poeta; el Delegado de esta Provincia, asistente también al concurso. ¿Cuándo se verifica el fallo de la Academia y se publica?

He visto con mucho gusto lo grato de tu excursión a Sevilla, de la cual como siempre has sacado raja.

Y al fin te sorberás como una sopa
de libros llenas Africa y Europa.

Alguien ha dicho que habías sacado más, que habías sacado una novia. Un periódico contó, y copiaron varios, que te casabas. Las *gentes marinedinas* — como diría la Pardo Bazán — preguntan si esto es cierto y se ceban en mí para adquirir noticias que no puedo darles.

Ya sabrás cómo va Pereda en viaje triunfal por Cataluña. ¿Qué

efecto habrá causado en las masas Aurelio? Las reseñas de los diarios nunca le citan entre los asistentes a las fiestas, y esto nos tiene muy intrigados a los del Suizo.

Antes de anoche me dí un baño de vanidad viendo reproducida en *La Epoca* mi semblanza de Pereda. ¿Qué mano piadosa la habrá exhumado de su modesto panteón de provincias?

Diviértete mucho y concédeme a cambio de mis faenas de catálogo, un cuarto de hora epistolar.

A cuenta recibe un abrazo de tu hermano

ENRIQUE.

[16]

Madrid, 30 de mayo de 1892.

Mi querido Enrique: Recibí tu libro, y le he leído con el piadoso recogimiento que su materia exige. Pides al fin un Padre Nuestro para la pobre Eladia, y yo se le he rezado, *non sine lacrymis*. Después de cumplido este deber, no puedo menos de felicitarte por la riqueza de poesía íntima que hay en el libro, y que vale mucho más por lo mismo que se presenta sin ruido. En general, los españoles somos muy secos (y los castellanos y los montañeses sequísimos), lo cual yo no sé si es excelencia o defecto. Lo cierto es que cuando nuestros poetas, y no los peores, quieren simular el sentimiento, caen inmediatamente en aspavientos y exageraciones, o se precipitan en el abismo de la sensiblería cursi. No sé yo si el mismo Aguilera se libró de esto en las *Elegías* que hizo a la muerte de su hija, y no sé si Balart se libraré del todo en esos *Dolores* que nos hace esperar tanto. Quien se ha librado de ellos, a mi juicio, eres tú, por lo mismo que has tenido el buen gusto de no ser nunca literato de oficio y de no hacer versos más que cuando sentías la necesidad interior de hacerlos. El procedimiento literario, sobre todo cuando se aplica a la poesía, tiene algo de industrial, y debes dar gracias a Dios que te ha preservado hasta ahora de emplearle.

Hay en tus romances tal castidad, y tal piadosa unción en los recuerdos; tal mezcla de sentimientos diversos, pero todos humanos y nobles; una sobriedad de buen gusto en medio de la emoción más intensa que, a mi entender, hacen de este libro lo mejor que hasta ahora has escrito ni en prosa ni en verso. Siento que hayas hecho de él una edición casi *clandestina*, que impedirá llegar a muchos que sabrían apreciarle, y que a mí me deja indeciso sobre el destino que he de dar a los dos ejemplares que me quedan.

A Joaquina entregué el suyo. Le leímos juntos, y ya puedes suponer qué cosas me diría. Supongo que te habrá escrito ya o te escribirá un día de estos. A Perico, que sigue siendo un bohemio erudito, también le gustaron mucho tus versos.

A tu recomendado no pude complacerle, porque Catalina contestó que no se podía hacer eso dentro del reglamento de ferro-carriles etc.

Respecto de Duque y Merino, quiero que se le haga Correspondiente de la Historia, pero tropezamos con la siguiente dificultad. A consecuencia del abuso que se había hecho de tales nombramientos a favor de gentes indoctas, y a veces hasta inciviles, que muchas veces se colaban en los días de sesiones y no nos dejaban sitio en qué sentarnos, propuso Cánovas hace dos años, y acordó la Academia, que no pudiera haber en cada provincia más que un número determinado de correspondientes. Resulta que en Santander, como en otras partes, está cubierto el número, y hay que esperar la muerte de alguno. No olvidaré a Duque en cuanto se presente ocasión. Con mil recuerdos a todos te abraza tu hermano

MARCELINO

Madrid, 14 de marzo de 1893.

Mi muy querido Enrique: He andado buscando estos días inútilmente un libro que sin duda se me ha quedado ahí, y probablemente en la mesa del despacho o en sus cercanías. Se trata de un cuaderno

manuscrito de poetas puerto-riqueños, remitido por el Capitán General de aquella isla a la Academia Española. Recuerdo que es un tomo delgado en cuarto pequeño, con encuadernación verde, o tirando a verde, y que dice en la tapa con aureas letras: *Poetas puerto-riqueños*. Tú comprenderás la falta que me hace semejante colección, no sólo por las poesías que contiene, sino por los datos biográficos de los autores, que es imposible adquirir en Europa. El segundo tomo de mi *Antología* (supongo que habrás visto el primero) llega ya a los poetas de Puerto-Rico, y tengo parada la impresión hasta que ese mamotreto parezca. Házme, pues, el favor, de darte un paseo por la biblioteca y buscar ese manuscrito cuanto antes y remitírmelo certificado, si le encuentras.

De paso te agradeceré que hagas una visita a los libros en folio que colocaste en el último rincón de la sección de Historia confinando con la de Bibliografía: rincón que yo tenía condenado por haberse manifestado allí la humedad con caracteres alarmantes. Y no me haría gracia que fueran víctimas de ella libros de trabajo tan importantes como los *Anales* de Zurita, y preciosidades bibliográficas como la *Crónica* catalana de Carbonell, que me costó 40 duros, cuando tenía todavía menos dinero que ahora, o *Las cuatro partes de la crónica general de España* de don Alfonso el Sabio, que me costaron 25 duros. Lo mejor que puedes hacer es sacar esos libros de ahí, y ponerlos sobre una mesa o en cualquier parte. Los que no sois bibliófilos no comprendéis las angustias que padece el verdadero aficionado cuando ve mezcladas estas joyas con esos libros que *el vulgo* puede comprar en cualquiera librería por tres o cuatro duros.

Sé por carta de papá que tuve anteayer que seguís todos buenos. Y tú sabes cuánto te quiere tu hermano

MARCELINO

Santander, 16 de marzo de 1893.

Mi querido Marcelino: Pareció el libro y te le dará Alfonso Ortíz de la Torre que mañana sale de aquí para esa capital. Me ha parecido éste el mejor conducto, pues aunque te haga esperar un día más que si te le enviase certificado, hay en cambio más garantía de que no se estropeará. Por lo demás no ha sido mal milagro que haya parecido, pues ni estaba en la mesa, ni en sus cercanías, ni, por fin, dice en la tapa «Poetas puerto-riqueños», sino «Antología poética de Puerto-Rico». No dudo de que el hallado es el buscado, pues que coincide en todas las demás señas: encuadernación verde con letras de oro, tomo manuscrito, con biografías de los poetas, en cuarto pequeño, etc., etc.

He hecho larga visita y minuciosa inspección, a aquellos eminentes varones que habitan la parte baja de la sección histórica, y te diré que están sanos y gordos como nunca se vieron, lo mismo mi señor don Alfonso el Sabio, que Zurita el de los *Anales* y todos sus aláteres. Cierto es que alguna vez fué aquello húmedo y peligroso, pero reconstruido el muro, en que ahora se apoyan, este invierno para evitar aquel mal, se ha evitado en efecto. No temas, pues, seguro de que muy a menudo los observaré como hago con todo el salón de vez en cuando.

Con que adiós. Todos están buenos y te mandan un abrazo al igual de tu hermano

ENRIQUE.

Madrid, 15 de mayo de 1902.

Mi querido Enrique: Recibí tu carta, y me entero con mucho gusto de las noticias que me das de la salud de la madre. Aquí también hemos tenido algunos días de frío inusitado y extemporáneo, pero parece

que el tiempo se va fijando y que empieza, aunque muy tardíamente, la primavera.

Madrid está isoportable de *isidros* y de cursilerías municipales. No puedes imaginarte los horrores que talando gran parte del arbolado, han perpetrado en el Retiro para instalar unas barracas indecentes como las de la feria de Atocha en el mes de setiembre. Ni puedes imaginarte el efecto que hace la Carrera de San Jerónimo convertida en un bosque de palmeras y plátanos. Los arcos triunfales están a la altura de todo lo restante: nada hay que se parezca ni remotamente a lo que se hizo en Santander cuando estuvieron los Reyes hace dos años. Decididamente Madrid es y será siempre la metrópoli de los cursis, y la Atenas del mal gusto. ¿Pero qué había de esperarse de Aguilera y Romanones, que son los principales organizadores de esta mascarada aflictiva?

He tenido que hacer mi correspondiente discurso para la fiesta *docente* (así la llama la Gaceta) que sera digno remate de todo.

A Pereda escribí días pasados, suplicándole que convenciese al Alcalde de Castro de la imposibilidad en que estoy de ser *mantenedor* de Juegos Florales ni allí ni en ninguna parte. En carta al mismo alcalde expuse con mucha finura los motivos que tenía para no admitir distinción tan alta.

Mucho os agradeceré a Pereda y a ti que me salvéis de este compromiso de la manera más decorosa posible, porque siempre me gusta quedar bien con los paisanos.

El pobre Perico Viluma va perdiendo fuerzas diariamente. No hay esperanza alguna de salvación. Hace dos meses que no se levanta de la cama, ni apenas habla, ni puede alimentarse.

Muchos abrazos a la madre y sabes cuánto te quiere tu hermano.

MARCELINO

Almas paralelas, no vidas paralelas con paralelismo cotejado de destinos más o menos análogos. Paralelas, pero tan justas, tan unidas que, como en el verso de José Asunción Silva, *eran una sombra sola*. Como en ese rayado de estilo alemán que se usa en ciertas ediciones para marcar en la parte superior la caja de imprenta y que debajo de la línea gruesa hace correr otra más fina, así continuaron las almas de ambos hasta que la más trabajada emprendió el vuelo abandonando la cárcel corpórea y dejando al alma fraterna desconsolada en este mundo y suspirando por unírsele en el otro. Nueve años, tres meses y tres días siguió sola la rayita fina. Y el alma de Enrique voló también a lo alto el 22 de agosto de 1921.

A iniciativa mía, los poetas montañeses le ofrendamos una corona poética que quiso generosamente prohijar José María de Cossío en su colección de *Libros para amigos*. Mi tributo era un romance que decía así:

ELEGIA A ENRIQUE MENÉNDEZ

Una humilde corona,
dulce Enrique Menéndez,
de eternas siemprevivas
quisiera entretejerte.

Que sobre tu sepulcro
calladas balancen
sus espigados tallos
al soplo del nordeste.

Tú que amabas las flores
de tu huerto obediente,
tu huerto que en tu ausencia
tristemente florece.

Acéptame estas pocas
floreillas silvestres
regadas de mis lágrimas
entre mis manos leves.

Flores de cada día
que corté amargamente
de mis pobres jardines
efímeros y estériles.
Flores de cada hora
que mi tierra me ofrece
para adornar altares,
para decorar sienes.

Y qué ara más bendita
que tu sepulcro agreste,
divina jaula triste
sin cantor que la alegre.

Y a qué sienes ceñir
corona de laureles
como a estas tuyas nuevas
que ya nunca encanecen.

Aquí pues te las dejo
desmayadas y débiles,
pero a nadie le digas
que hoy he venido a verte.

Los días van pasando.
van pasando los meses.
las flores y los pájaros
han vuelto y tú no vuelves.

Te arrancó de nosotros
la burladora muerte,
y desde entonces pisas
huertos siempre perennes.

Abajo los poetas,
jardineros terrestres,
cantamos y cortamos
las flores del poniente.

Las del alba tú solo
las cosechas celeste,
del jardín de la vida
tras el mar de la muerte.

Te fuiste tú y seguimos
torpemente vivientes.
qué vergüenza vivir
cuando los buenos mueren.

Toma estas flores tristes,
dulce Enrique Menéndez,
pero a nadie le digas
que hoy he venido a verte.

Y ahora mi ofrenda poética al hermano grande, este retrato en
marcha que data de este mismo año.

DON MARCELINO

Al bajar de leerte — Biblioteca
Municipal, 6 de la nueva noche,
ya diciembre — te encuentro. Cruzas lento
a San Francisco, mal sujeta cuelga

la capa, escora aún imponente
 tu arboladura, indiferente roza
 escaparates. Vas haciendo gestos,
 sueñas con Garcilaso, le revives.

Páginas áureas del futuro libro
 te nacen ya totales e instantáneas.
 yo te sigo en tu estela de respeto.
 detrás del Muelle ahora, hasta el *Suizo*.
 recalas, lees *La Epoca*. Escudriñas
 la dormida bahía.

(Yo estudiante
 con don Narciso. Quinto año. Pienso
 que tú también lo fuiste, niño, mozo,
 poeta enamorado).

Y ya no puedes
 con el peso de tanta España y ciencia.
 Pero dentro de ti va el espigado
 hijo de Santander, ágil y púgil;
 un verso ríe a Lálage en sus labios.
 Regreso por el Muelle y la Ribera,
 rumbo a Becedo: el agua en el estanque.
 última escala, el *Cántabro*.

Y te dejo.
 Ya arribando a tu casa, al huerto amado
 de Enrique, al pabellón de estiba
 abarrotada, al remo de tu gloria.

Año y medio después, todo fué sueño.

GERARDO DIEGO